

Medio	El Mercurio
Fecha	22-06-2012
Mención	Crítica de arte a la obra María de Buenos Aires de la V Temporada de Conciertos de la UAH.

Crítica

“MARÍA DE BUENOS AIRES”:



HECTOR YANEZ

La orquesta en la calle

GONZALO SAAVEDRA

Con juventud de bandoneonista de cabaret arrabalero, sueños de compositor docto y un genio musical indiscutible, Astor Piazzolla supo encontrarse a sí mismo en París, a principios de los 50, gracias a la rigurosa y exigente formación que recibió de Nadia Boulanger, la legendaria maestra de varias generaciones de notables compositores del siglo XX,

entre ellos Elliott Carter y Pierre Boulez. Eso significaba no renunciar a sus raíces tangueras más auténticas, sino reivindicarlas y, al mismo tiempo, conjugarlas con un saber hacer sólido para emprender una propuesta artística contundente a la altura de su talento.

Con esa conciencia orgullosa de su origen, el músico argentino compuso, en 1968, “María de Buenos Aires”, cuya protagonista es una mujer seducida por el tango y prostituida por la dureza de una vida tan aventurera como pobre. La obra se montó este año dentro de la V Temporada de Conciertos de la Universidad Alberto Hurtado, con cuatro funciones a tablero vuelto en el Centro Cultural Gabriela Mistral. La versión de esta “operita” —como se presenta a sí misma— de 16 cuadros o canciones, con una ilación más sugestiva que narrativa, contó con el potente carisma de la cantante y compositora Francesca Ancarola en un rol ajustado a su voz pastosa y profunda, y a la que impuso, además, una estudiada roña; la secundaron Diego Álvarez, cuya impostación sirvió pulcramente a las exigencias musicales de tres personajes, pero a quien se le echó de menos algo de la nasalidad espontánea y tradicional de un cantante de tango; un duende, cuatro bailarines y un coro que participa y comenta siempre en un escenario callejero, de plaza o de barrio bajo. Por eso, los músicos también son protagonistas visibles en este espacio público, tal como puede ocurrir hasta hoy en Buenos Aires: un quinteto de cuerdas, un bandoneón (Rodolfo Jorquera, muy inspirado), guitarra (Fernando Bravo), flauta (Marcelo Echeverría), piano (Mirtha Rojas) y percusión, todos bajo la dirección de una concentrada Paula Torres. El resultado teatral y musical fue más que convincente. Si Piazzolla definía su propia creación como “música popular de cámara”, aquí se asumió ese carácter, incluidos algunos guiños con lo *kitsch*; y los espectadores celebraron agradecidos por esta entrega, un esfuerzo artístico colectivo que abre nuevas maneras de servir al público que asiste a los conciertos.

